

“Armando Tejada Gómez y la emergencia del *nosotros*”

Paula Ripamonti

Paularip@infovia.com.ar

Smontaruli@lab.cricyt.edu.ar

Sec y Tunc. P. UNCuyo

Informe de Avance

Resumen:

Se propone una reflexión filosófica sobre los textos poéticos de Armando Tejada Gómez, considerando que en ellos se expresa un pensamiento original sobre la vida, la muerte, la identidad y la diversidad cultural, la conflictividad social y sus resoluciones. Su obra merece ser pensada desde una perspectiva filosófica por cuanto interpela a su época, asumiendo la conflictividad de lo real y dando voz a los grupos silenciados. Su última obra, *Los telares del sol*, escrita en 1992, evoca una historia de quinientos años desde la perspectiva dramática de la conciencia que despierta, encuentra la devastación juzga y lucha por la memoria. El “telar” es el símbolo de esa historia donde se tejen los *conflictos* y se experimenta tanto la *diversidad* como las posibilidades de la *integración*, en la tensión histórica entre *memoria* y construcción de la *identidad*.

Palabras Clave: Armando Tejada Gómez - conflicto social - diversidad cultural -

“Armando Tejada Gómez, tan viñedo y cordillera, tan mendocino de pies a cabeza y tan argentino por sus raíces, y por su follaje tan universal”. Alfredo Varela¹.

1- Consideraciones preliminares

En el presente trabajo pretendemos llevar a cabo una reflexión filosófica sobre textos de Armando Tejada Gómez (1929- 1992), consideramos que en ellos se expresa, a través de la forma de poemas, canciones y novelas, un pensamiento original acerca de la vida y la muerte, la identidad y la diversidad cultural, la conflictividad social y sus resoluciones.

¿Por qué Armando Tejada Gómez? En el ámbito abierto por el pensamiento filosófico latinoamericano existen estudios sobre obras que han ido configurando la historia de las ideas en ese contexto². Se trata esta última, de una categorización incluyente que constantemente nos invita a explorar cuántos autores con sus textos pueden insertarse en ella, porque intentaron pensar su realidad social, política, cultural y porque a partir de ellos es posible reconstruir nuestra historia y analizar críticamente nuestro presente.

¹ Extraído de las palabras introductorias a la compilación Tejada Gómez. 1973. *Profeta en su tierra*. Buenos Aires: Juárez Editor, pág. 14

² Si bien la historia de las ideas no es un tipo de saber privativo de América Latina, en ella adquiere matices que permiten caracterizarla, tales como, la marcada atención al pensamiento filosófico y en particular a una filosofía de “Nuestra América”, “un preferente y permanente interés por problemas de identidad cultural y nacional” y “una tendencia hacia una lectura explicativa y, en muchos casos, crítica del desarrollo de las ideas, sobre todo en relación con un tema que acompaña nuestra identidad, a saber la dependencia” (Roig, A., Historia de las ideas. En: Salas Astrain, Ricardo (coord. acad.) 2005. *Pensamiento crítico latinoamericano. Conceptos fundamentales*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez. Vol. II.; p. 532)

La obra de este autor mendocino merece ser pensada desde una perspectiva filosófica en cuanto se trata de un discurso que interpela su sociedad presente, alza la voz de grupos silenciados y se compromete con un futuro posible en cada verso. Más aún si tenemos en cuenta, de acuerdo con Roig, que:

"la filosofía latinoamericana se instaura como una "herramienta de lucha" en la que lo teórico es organizado en función de la afirmación de determinados grupos, asumiendo la conflictividad de lo real con una actitud más de denuncia que de justificación; y así cuando se aboca a su propia historiografía lo hace, en tanto saber histórico-crítico, mostrando en el nivel discursivo "las expresiones de un pasado agónico con sus afirmaciones y fracasos"" (Roig, Arturo; 2005: 534-537)

En este marco, entonces, es legítimo analizar el mensaje expresado en diferentes poemas del autor mendocino. Ellos son el texto base de nuestro estudio que con el objetivo de acotar el análisis trabajará seleccionando algunos de ellos. Entendemos que en los diferentes poemas es posible indagar la función social que poseen en el ámbito de su discursividad, es decir, explorar el modo cómo es valorada la cotidianeidad, de qué manera es pensada la transformación del presente y propuesta una determinada praxis social y cultural, resolutiva respecto de las injusticias existentes.

2- Noticias de su vida

Armando Tejada Gómez nació en 1929 en Guaymallén (Mendoza), en una familia humilde. Era nieto de campesinos. Su padre, fue trabajador rural, tropero, bracero y cosechador. En su *Amanecer bajo los puentes*, podemos leer que él era el penúltimo de los veintitrés hijos paridos, aunque sólo uno de los ocho que quedaban, sin contar a Manuel y Nazario que eran resultado de "asuntos" de su padre.

De ascendencia huarpe, su niñez estuvo ligada al trabajo y a la diaria faena de "procurarse" el alimento, luego de la imprevista muerte de su padre. No tuvo oportunidad de educarse en una escuela. Fue canillita y lustrabotas, autodidacta, escribió su primer libro de poemas a los 15 años y a los 25 apareció su primera publicación.

Su producción fue intensa, alternada con trabajos rurales y de obrero de la construcción, pero también con activa participación gremial que le valió ser electo diputado provincial por el Partido Comunista (en el período 1958-1960), viajes por el mundo (República Popular China, URSS, República Checa,...) y desempeños en el ámbito radial (LV 10) En 1961 ganó la primera Recomendación del Jurado de la Casa de las Américas, en La Habana, Cuba, con su libro *Los compadres del horizonte*.

Con el compositor Oscar Matus fundó en 1963 el Movimiento Nuevo Cancionero que dio origen a la nueva Canción Latinoamericana. A partir de 1964 se trasladó a Buenos Aires incorporándose de lleno al desarrollo de actividades artísticas. Más tarde otros logros conquistó como el de 1974, primer Premio de Poesía de la Casa de las Américas, en La Habana, Cuba, por el *Canto popular de las comidas*, en 1978 en Bilbao, España, ganó el Premio Internacional de Novela, por *Dios era olvido*.

Los libros de Armando Tejada Gómez, actualmente muy difíciles de adquirir por las escasas reediciones, han sido traducidos a más 20 idiomas. Por ejemplo, en 1987 apareció en

Rusia la primera edición de un volumen con *Ahí va Lucas Romero y Los compadres del horizonte*.

En el campo de la música también se destacó. Grabó diez discos de larga duración con sus poemas en voz, en Argentina, Cuba y México. Entre sus canciones más conocidas figuran: Canción con todos, Fuego en Anymaná, Zamba del riego, Volveré siempre a San Juan, Canción para un niño en la calle, Zamba del laurel, Milonga para una calle, Balada de marzo, Zamba azul, Canción de las simples cosas. Entre sus obras integrales para cantantes y conjuntos se pueden mencionar: Los oficios de Pedro Changa (con Los Trovadores), Tonada larga para el país del sol (con el conjunto Nacencia, música de Daniel Talquenca).

Tejada falleció en la ciudad de Buenos Aires, el 3 de noviembre de 1992. Desde el 21 de abril de 1993, fecha de su natalicio, sus restos descansan en Guaymallén.

3 - Análisis

Tejada Gómez muere en el año de la conmemoración de los quinientos años de la llegada de Cristóbal Colón al Continente Americano. En 1992 nuestro cantautor estaba escribiendo el que sería su último libro, *Los telares del sol*. Integrado por 24 poemas *Los telares del sol* narra la historia desde la perspectiva trágica de la conciencia que despierta y encuentra la devastación pero también desde la que libra la lucha por la memoria y juzga, canta y escribe. Comienza con el “Telar del Almirante”, transita por el Telar del Sol, de los Andinos y de los Otros, también por el de la Sangre, el de la Vida que conduce al de los Nombres y la Cultura, entre otros.

El “telar” es el símbolo que atraviesa el texto. El telar era y es una herramienta técnica y un bien cultural de los indígenas. Con el telar se teje lo que protege de las inclemencias del tiempo. El telar es trabajo y da trabajo, pero también es arte creativo y da placer, porque identifica, une y humaniza. Su producto es singular y siempre lleva el sello de su autor. Exige estar, comprometerse con el cuerpo y el pensamiento, no es automatizable.

El telar trama, sujeta, crea, produce, ata, ajusta, libera, siempre en un lugar. Podríamos preguntarle a Tejada si acaso quiso decir “historia” y si acaso por eso, en cuanto “tejido de mil sangres”, el telar, el tiempo es “urdimbre de nosotros” (“Telar de la cultura 2”, pág. 68). Desde esta mirada encontramos en su obra la afirmación de un sujeto que se autodetermina en clave de un nosotros, configurado en tensa lucha con aquello que lo ha oprimido y negado.

El señalamiento de la conflictividad de las relaciones humanas asume características particulares. Hay un acontecimiento específico ocurrido hace quinientos años, la llegada de los europeos a América. La lectura de ese hecho histórico se hace poema en Tejada Gómez mostrando que lo entiende como el inicio de un proceso de lucha desigual, que se configura en la tensión Conquistador e Indígenas/ Hijos de la tierra. Dice “El Telar del Sol”:

Hace quinientos años
el asombro fue mutuo:
“¡Di con el paraíso!”
escribió el Almirante
en su nao de niebla.
No supo, ni en la muerte,
que chocó con Andinia. (Tejada Gomez, Armando; 1994: 21)

A lo largo de todo el libro hay dos *ethos*³ que se oponen. Uno, sostenido por un sujeto portador de la razón y la verdad, expresión de la civilización. Otro, inescindido de su lazo con la tierra y atado a su origen milenarista, desarraigado con violencia, silenciado en su propia lengua, destituido de su propia historia.

La oposición se materializa en la conversación entre el Nosotros y el Otro que inicia cada poema. Es una conversación que no pretende llegar a un acuerdo sino reclamar el reconocimiento de la alteridad negada desde hace quinientos años. Pero el escenario del reclamo construido en cada verso no es un tribunal ordinario de justicia, sino las *conciencias* que han despertado *en América* y deben afirmar-se para empezar a encontrar-se con su origen. Podemos leer en el “Telar de la Cebolla” que:

Para asumirse Indio
hay que sacarse a diario
las sumisas adherencias:
el polvo de la vida, lo impalpable
que, fino e infinito,
nos ha desfigurado la conciencia
hasta que nos parezca que parezca
el carozo inferior que la apariencia.
Telitas de cebolla, tela a tela
uno va hasta el meollo, se destela
y cuando llega al núcleo,
digo al útero,
al indio elemental y originario
sabe que ahí comienza lo que empieza.

Ambos *ethos* son designados a través de nombres específicos que dan cuenta de la diferencia de valores, de actores, de lugares y de símbolos y de la lucha que se libra en la conciencia para recuperar la perspectiva de la mirada, desde lo propio (extrañado) y lo cercano (olvidado). Como ilustración podemos presentar algunas categorías que aparecen en los distintos poemas y que constituyen pares antitéticos:

Referidos a los actores:

Amauta- Almirante, Cristóforo Colombo, Colón, Américo Vespucio

Huarpe- Encomendero

Nosotros- el Otro, conquistador/es

Abuelo milenarista- abuelo violador

Referidos a los símbolos:

Luz- Sombra, tiniebla

Piedra- Nao⁴

Madre de pueblos, Dios hembra y hombre - Soledad, abandono

Pómulos de huarpes- barba

Desnudez- arcabuz

Referido al lugar:

Andinia, América- España

Referidos a los valores:

Abundancia- riqueza

Memoria- olvido

³ Utilizamos “ethos” como una categoría de análisis que permite señalar el conjunto de valores y/o valoraciones históricamente instituidos en una comunidad o colectivo, que regulan las relaciones humanas, que se transforman y resignifican en el tiempo. Cada “ethos” se objetiva en discursos, instituciones, símbolos, prácticas sociales y culturales, expresiones artísticas, etc.

⁴ Del cat. Nave.

Vida- destino, muerte

La oposición es percibida como presente y permanente, es decir que estuvo y sigue estando, y aunque asumida en formas sintéticas es posible escuchar, en la propia sangre y lengua atenazada, el silencio del ethos oprimido. América estaba habitada por los hombres y mujeres, por la luz, por la actividad humana, por la vida. Andinia era un “jardín sin límites” (“Telar de los Andinos”, pág. 24) y los hombres que vinieron no lo hicieron desde distantes galaxias sino de la vida misma, “La vida que ya estaba/ donde vive la vida/ La vida allende el mar/ La vida aquende el mar” (“El Telar de los mapas”, pág. 27). Por ello no puede haber absolución, sólo justicia de los hombres y entre los hombres y aflorar en la conciencia.

Seleccionamos el sexto poema, el “Telar de la Sangre” para profundizar estas cuestiones.

“Telar de la Sangre”

¿Qué hago con esta sangre de dos sangres?
¿Qué hago con el silicio que me habita?
¿Qué hago con estos pómulos de huarpe
y esta barba telar encanecida?
¿Y qué con mi memoria irreverente
que no quiere olvidar y que no olvida?
¿Y este idioma curtido a la intemperie
sobre el idioma muerto de mi raza?,
¿Con esta antigüedad de antigua piedra
y la genealogía de mis padres?
¿Qué hago con este polvo enamorado
de mi palabra nueva en tu palabra?

Madre de pueblos, loca y fundadora,
¿Por qué me habéis abandonado?
¿Dónde cayó el abuelo violador
que asesinó a mi abuelo milenario?
Y tengo que asumirme. Si te niego
seré el americano más cobarde.
Para saldar las cuentas del martirio
hay que aclarar las aguas.
Admitirte en la cruz del genocidio
y en la espada de sangre que es mi sangre.

Por las claras del día, madre ausente,
quiero verte la cara,
por trescientos millones de tu cría
y por quinientos años de olvidarnos.

De otro modo no vengas, si no vienes
a asumirme en la sangre de tu sangre.

Mis hembras han tejido en su paciencia,
telar continental, todas las sangres.
(Tejada Gomez, Armando; 1994: 29-30)

El poema parte de una serie de preguntas ¿qué...?, ¿dónde...?, ¿por qué...? Hay que admitir la existencia de un autor consternado y afligido. La primera estrofa indica que el poeta se pregunta a sí mismo respecto de una situación irreversible, la “sangre de dos sangres”, el

“idioma muerto”, la “memoria irreverente” pero apelando a la necesidad de una decisión que le habilite para la acción, “¿Qué hago...?”

Los verbos están conjugados en primera persona del singular pero señalando algo compartido y sufrido por la raza. Eso común emerge en las contraposiciones que indicamos más arriba, por ejemplo, “pómulos de huarpe”- “barba telar encanecida”. La barba es el símbolo del conquistador y los pómulos, principales aliados de la memoria irreverente, son la evidencia ante el olvido y el vestigio que evoca una presencia que es necesario asumir.

La conquista ha producido que los dos *ethos* se encuentren fusionados en “una sangre de dos sangres” que hoy habla la misma lengua y da cuenta del olvido. El *ethos* indígena es el nosotros que pretende recuperar Tejada Gómez. La conciencia se deja interpelar por la pregunta que es sin duda el camino que abre el espacio de la recuperación de la presencia.

La interrogación es un recurso muy común en los textos de nuestro autor. A través de múltiples preguntas, sienta un posicionamiento axiológico, que es búsqueda y afirmación de la empiricidad histórica de un sujeto frente a los otros que lo desconocieron.

Es importante aquí detenernos un poco en el tema de la interrogación y las preguntas. Etimológicamente el término “interrogación” proviene del latín y comparte su raíz con “interregno” e “interrupción”. En este sentido, interrogar es abrir un espacio intermedio, un “entre” que es capaz de suspender la secuencia lineal de lo que se viene presentando como “dado” y “necesario”. La interrogación se da a sí misma la libertad de instalar una nueva necesidad que es la posibilidad de interrumpir. E interrumpir, nos remite a la vez, no sólo a cortar la continuidad de algo en el lugar o en el tiempo sino también al hecho de atravesar con nuestra palabra la o las de otros. Por ello no sería posible sin aceptar la pluralidad humana, y desde la explícita problemática, “¿Qué hago con este polvo enamorado/ de mi palabra nueva en tu palabra?”, “¿Y este idioma curtido a la intemperie sobre el idioma muerto de mi raza?”

Al interrumpir no se niega lo ocurrido. No se aniquila el tiempo ni se adultera la geografía. Al contrario se los hace enteramente presentes pero en una relación distinta. Desde un “entre” que emerge en el momento en que un sujeto se reconoce con la autoridad de poder interpelar e interpretar, creando nuevamente la distancia estrechada y gestando un nuevo tiempo de cara al alba. “No hubo adónde ir de a pie y con hijos/ Nos habían matado la distancia”, por eso (...). “Hay que marchar con todos para soltar la aurora/ dentro de tu pueblo como un inmenso río/ por donde irá la vida liberada cantando:/ ya vuelvo, amor, América, espérame en el trigo” (Tejada Gómez, Armando;1969: 36 / 71)

Las preguntas son, entonces un modo de interrogar. Desde el latín, nos remiten a “percontatio-onis” indicando búsqueda de información, pero desde el poema liberan. Las preguntas nos ponen en situación de conversación con el pasado. Por ello, en un sentido más general, es posible afirmar que los poemas son el espacio abierto desde la literatura para interrogar y preguntar, para recuperar la distancia y ejercitar una libertad sustraída.

A partir de la segunda estrofa y hasta la penúltima el poema (la interrogación) se direcciona a alguien, a la “madre de pueblos, loca y fundadora”, es decir, a la madre tierra, la Pachamama. Estos versos presentan un reclamo, “madre ausente”, “por quinientos años de olvidarnos”, un deber moral, “tengo que admitirte. Si te niego/ seré el americano más cobarde”, una solicitud, un llamado en nombre de todos los afectados, “quiero verte la cara/ por trescientos millones de tu cría” y una condición “De otro modo no vengas, si no vienes/ a asumirte en la sangre de tu sangre. También aparecen nombrados el lugar, América, “seré el americano...” y el tiempo, “por quinientos años de olvidarnos”.

El último párrafo, podríamos decir que es conclusivo y hasta un intento de respuesta a la primera pregunta con que se inicia el poema. Aunque no se trataría de una respuesta resolutive. La “sangre de dos sangres” es la trama histórica de un telar continental. El adjetivo “continental” se declara tejido con todas las sangres. Y ¿qué significa “telar continental”? En principio sugiere la idea de algo que contiene. Pareciera que frente a la devastación, algo permaneció contenido. Ese algo es la filiación terrestre que, pisando en lo robusto de la sangre, se sostuvo y sostiene “sujetando el origen por sus márgenes” (Tejada Gómez, Armando; (1960)1974: 16). Por otra parte señala que lo contenido no permanece si no se garantiza la acción de contención desde lo profundo, en otras palabras, si no se asume poseyéndose. Por eso la tierra, madre y fundadora porque inauguró el hombre, es el continente subyacente a la que ahora se le reclama algo más, “asumirte en la sangre de tu sangre” y vencer el dolor y la muerte.

El telar continental también es obra de la paciencia, arma de la vida.

En medio de mi sangre, digo sangre.
En medio de mi boca, digo boca.
En medio de la vida, digo vida.
En medio de mi carne, digo carne.

En medio de la muerte, digo:
espero. (Tejada Gómez, Armando; 1955 :53)

La relación de la tierra con la sangre es tan comprensible como misteriosa en los poemas de Tejada Gómez. La tierra es agua, montaña y viento que permanecen, es estandarte de la memoria, es presencia garantida⁵. La sangre corre, se mezcla, es raza, vida y destino, es “urdimbre de nosotros”. En la relación tierra y sangre/s lo que está en juego es la conciencia histórica de los pueblos originarios sometidos y el desafío de transformar el horizonte histórico que es co-extensivo de la vida que hemos vivido. Por eso cada poema es una intimación a la memoria a través de la pregunta y en este sentido, el telar es continental porque contiene el origen y es historia porque, en tanto memoria, permite recuperarlo.

Tejada Gómez entiende que el contexto presente, el de la recordación de los 500 años es un momento oportuno para obedecer al Amauta, el memorioso, que dijo “ni en la agonía olviden el recuerdo” (“El Telar de la Cultura 2”, pág. 70)

Para continuar, leamos de modo completo otro poema:

“El Telar del Enterrado”

La identidad es un emprendimiento
de vasta, de una desmesurada dimensión.
Las raíces, de hondas, se vuelven inasibles.
Uno se ve brumoso a la luz del paisaje
y tiene una memoria que en realidad no tiene.
¿por qué perdura, entonces? ¿Por qué insiste?
Y más: ¿por qué nos busca en las vidas remotas,
en estas vidas breves, con la misma obcecada,
obstinada obsesión?

⁵ Es interesante acotar que en esta relación Tejada también sitúa su propio oficio de escritor. Expresa que es “el que desentierra las cosas perdurables”, a quien una noche despertó la luna y así “descubrí la tierra/ y era un país mi sangre”. Tejada Gómez Armando. (1973). *Profeta en su tierra*. Juarez editor, Buenos Aires. pág. 19-20

¿Por qué yo leo el aire? ¿Por qué la sed de hondura?
Siempre creo que estuve ya en la luz de este valle,
que he mirado esos rostros y esos silencios altos
donde mis dioses mudos ya no son ni oración

¿Quién soy si soy? ¿Soy el que está durando?
Soy el que ha partido o el que está llegando
a su ser, a su uso infinito de estar de sólo estar?
¿Cuánto polvo me habita? Y aún ¿cuánto barro?
¿Qué de mí está enterrado? ¿Hasta qué edad de olvido?
¿Quién me dejó olvidado en esta eternidad?

Digo el lugar: América, por señalar un ámbito
o dar de cielo a cielos señal de identidad.
Yo soy el enterrado, el poema de abajo
Hecho añicos, disperso, esparcido en el viento
que la arena ha escondido
y que yo busco en vano entre el polvaredal.
(Tejada Gómez, Armando; 1994: 35)

Compuesto por tres estrofas, “El Telar del Enterrado” es el poema número 9 de *Los Telares del sol*. Particularmente aborda la cuestión de la identidad. La primera estrofa dice que “la identidad es emprendimiento” y emprender es tomar un camino o comenzar una obra, implica desafío y también peligro porque es “de vasta y desmesurada dimensión”. En términos generales la identidad es un hacer que se inicia en el presente a partir de percepciones (miradas) y preguntas que están ancladas en un pasado que retorna o que siempre estuvo, “... creo que estuve ya en la luz de este valle, que he mirado esos rostros...”

En este sentido, el emprendimiento exige memoria, es decir, permanencia y duración, retorno e insistencia, posicionarse en el lugar, América, y también en un *tiempo*, hoy. Todos deben ayudar a quitar el polvo del olvido, ya que, como antónimo de la memoria, desea para sí también permanecer. El olvido es peligro y amenaza. En la segunda estrofa, vemos su accionar, des- historiza “¿Quién me dejó olvidado en esta eternidad?” y des-subjetiviza “¿quién soy si soy?” En la tercera, vemos su derrota, no por la superación del conflicto en términos de resultados (aún debe seguir preguntándose), sino por la afirmación de un sujeto que busca y el lugar en el cual lo hace: “Digo el lugar: América, ...”, “Yo soy el enterrado, el poema de abajo”, “que yo busco en vano entre el polvaredal”.

Por ello, la identidad se conecta de modo intrínseco con la temporalidad y la espacialidad. Desde la perspectiva lingüística de Julia Kristeva, decimos que el telar postula una relación anáforica⁶. Tiene anverso y reverso. Anclado en el contexto, la noción de telar pone en relación infinitas prácticas translingüísticas que se juegan en la realidad histórica conflictiva y que remiten constantemente a textos fuera del texto presente y que muchas veces no están plasmados en la lengua escrita. Por ello el entramado textual reconoce de antemano una trama previa entre autor y lector. Se trataría de un encuentro que vuelve a uno tan activo como el otro respecto de la producción de sentido. El concepto del telar es la clave para el entendimiento entre autor y lector en tanto que ambos comparten la historia. Aún cuando su vida corresponda a uno u otro *ethos*, ninguno está fuera del tiempo, ninguno es ajeno a lo acontecido. Autor, lector y contexto se cruzan y se leen. Sus palabras se atraviesan en el espacio abierto por la interrogación. En el interregno espacio temporal abierto

⁶ La posición de Kristeva que citamos aquí y su aporte a la historia de las ideas latinoamericanas es desarrollada por Adriana Arpini, en Arpini (comp.) 2004: 84-92

discursivamente por las preguntas emerge un ámbito en el que la diferencia se des-naturaliza, se reconoce y se significa por la remisión a su origen milenar.

“Queda el hombre, quedaron
los andenes de riego,
los ríos sin olvido
y estas manos terrestres
que baten el telar.

El sol ha vuelto siempre
y siempre volverá.
(Tejada Gómez; 1994: 26)

La noción de “telar” las asume desde la historia de un “nosotros” situado, tensionado por la lucha dicotómica de memoria y olvido, que además expresa la oposición de la vida y la muerte. La vida es abundancia, la luz, el sol que cubre la tierra milenaria, es voz y risa, es nombre y sangre que corre por las venas de América, “Somos el pueblo de la luz: América,/ así es como nos llaman/ pero nosotros, oreja contra el suelo/ sabemos cómo nos llamamos”, (“El Telar de la Luz”, pág. 45). La muerte es miseria, sombra, oscuridad, silencio y dolor. Y ambas son el tiempo, “En la urdimbre del tiempo, la vida es sol y sombra” (“El Telar de los Otros”, pág. 32) Por ello comparten otra cualidad, la fragilidad.

La vida es frágil, siempre está expuesta a la intemperie de su opuesto. Esta fragilidad está manifiesta, por ejemplo, en el silencio espectral de las culturas originarias, en las voces que fueron acalladas a través de la fuerza y la palabra del conquistador, “De una memoria rota comen polvo/ la niebla y la tieniebla/ De una cultura rota se alimenta/ la rata sideral de la miseria” (El Telar de la Cultura 2, pág. 68).

Sin embargo, como dijimos, la muerte también es frágil, “Tanto como la vida” y por lo tanto, “volverán los pájaros a la rama y al nido” (“El Telar de la Vida”, pág. 34) La fragilidad de ambas, de la vida y de la muerte, señala una ruptura con la linealidad del tiempo histórico. Hay algo que retorna y habilita para una nueva posibilidad, es difícil comprenderlo, por ello el “El Telar del Enterrado” se pregunta por qué perdura e insiste la memoria. Y es que pareciera que para nuestro autor la memoria, como una forma de la persistencia de la vida, no puede ser explicada, sólo realizada cada vez en cada acto, en cada rito, en cada sueño, en cada nombre. Sólo bajo la condición de un tiempo que vuelve una y otra vez puede renacer la cultura olvidada.

En mis altas montañas, mis ríos inviolables,
la baguala ancestral de mis ancestros,
el alma indelegable de mi cosmos que anda
y vuelve y me devuelve mi destino solar.

Nunca podrán con este telar de mi sonido,
sinfónico y acústico mi nombre volverá.

.....
(Tejada Gómez, Armando; 1994: 49-50)

En convivencia con ese tiempo circular de la vida que vuelve y que devuelve y de la memoria que insiste, hay uno que habilita la posibilidad y se opone a la clausura de lo acontecido en el sentido de un anti- destino. Para comprenderlo, sería un tiempo cercano a la idea kantiana de libertad positiva, que contempla la capacidad de iniciar *por sí mismo* un estado, sin tratarse de una causalidad que se halle, a su vez, bajo otra causa que, siguiendo la

ley de la naturaleza la determine temporalmente. La libertad de la razón para Kant no sólo es negativa, como independencia de las condiciones empíricas, sino esencialmente afirmativa, como capacidad de iniciar por sí misma una serie de acontecimientos sin admitir condición anterior en el tiempo.

En cada poema de Tejada Gómez, vemos supuesta la afirmación de la libertad humana para escuchar lo que retorna e iniciar acciones transformadoras de lo real. La afirmación de la capacidad humana de interrumpir la serie de acontecimientos desencadenados, casi “natural y linealmente” desde la conquista hasta la fecha e introducir un nuevo comienzo. Y en términos de colectivo esa posibilidad no podría darse en una historia clausurada ni sometida a una legalidad no humana.

Tal como lo expresa Horkheimer refiriéndose a su *Teoría Crítica*, podemos decir que la realidad social no aparece en los poemas como un marco exterior condicionante ni como una categoría supra-histórica o eterna, tampoco el sujeto es concebido como un yo autónomo o individualidad elevada a causa última del mundo, ni siquiera como el lugar de un saber absoluto. Ellos muestran la situación histórica concreta y la confrontan. Promueven un proceso de acciones recíprocas en las cuales la conciencia despliega sus fuerzas liberadoras y propulsoras.

El sujeto es un “individuo determinado, en sus relaciones reales con otros individuos y grupos, y en su relación crítica con una determinada clase y, por último, en su trabazón, así mediada, con la totalidad social y la naturaleza” (Horkheimer, Marx; [1937] 1998: 243). Pero ¿cómo oponer otra historia? La vida es frágil, es actuar, es riesgo de perdernos y... otra vez la oscuridad y la muerte. Sin embargo, es también posibilidad de entendernos. Por ello, el primer paso es el reconocimiento, desde una lectura del pasado que habilite las iniciativas es decir la irrupción de lo alterno. Y lo nuevo, después de tantos siglos es escucha, es voz y no más silencios, es mostración y no más polvo, es demanda y no más sometimiento, es recuperación de lo propio (nombre, tierras) y no más usurpación.

El telar sigue su tarea, construye, es como urdimbre de los siglos y del tiempo. El telar teje y en su trama se sujetan los otros y el nosotros con sus idiomas y sus sangres, aún las derramadas por la muerte impunemente causada. No hay pausa, es la historia. Debe haber memoria y su nombre es “reconstrucción de la cultura” “desde nosotros por nosotros” (“El Telar de la Cultura 2”, pág. 70).

De la mano del regreso de la vida y la confianza en los hombres viene la esperanza a los poemas, “hay que desyuyarse el olvido tela a tela” (p. 42), buscarse en el origen, volver y asumirse.

“Hay que juntar las ganas y contar desde abajo,
vamos uniendo rostros, manos, sueños, olvidos,
flor turbamulta quiero, a la altura del día
el regreso de todo lo que fue sumergido.
A partir de esa calle no hay posible regreso,
no hay otro pacto que éste, pero sin apellidos
y no es fácil ni pronto, ni ya voy, ni gemidos,
ni discursos ni curas, ni general, ni edictos,
no hay arreglo, no hay nada que hacerle en este asunto:
hay que juntar las ganas, organizar el grito
y despertar de pronto como un solo estallido.

.....
Hay que marchar con todos para soltar la aurora

dentro de tu pueblo como un inmenso río
por donde irá la vida liberada cantando:
ya vuelvo amor, América, espérame en el trigo.
(Tejada Gómez, Armando: (1960)1974: 70)

4- Bibliografía

A) De Armando Tejada Gómez

1955. *Pachamama. Poema de la tierra y el origen*. Mendoza.
1955. *Tonadas de la piel*. Colección Clavel del aire. Mendoz
[1958] 1988⁶. *Antología de Juan*. Torres Agüero Editor. Buenos Aires
[1957] 1985. *Historia de tu ausencia*. Torres Agüero Editor. Buenos Aires

[1960] 1974³. *Los compadres del horizonte*. Juárez Editor. Buenos Aires
[1962] 1963. *Ahí va Lucas Romero*. Ediciones Voces .Mendoza.
1963. *Luz de entonces*.
1967. *Tonadas para usar*.
1970. *Amanecer bajo los puentes*. Juárez Editor. Buenos Aires:
1973. *Profeta en su tierra*. Juárez Editor. Buenos Aires:
1974. *Canto popular de las comidas*. Editorial Boedo. Buenos Aires:
1978. *Dios era olvido*. Premio Internacional de Novela. Espasa Calpe. Madrid
1984. *Toda la piel de América. Cancionero*. Torres Agüero Editor. Buenos Aires
1986. *Bajo estado de sangre. Poemas 1974-1983*. Torres Agüero Editor. Buenos Aires
1991. *El río de la Legua*. Torres Agüero Editor. Buenos Aires
1994. *Los telares del sol*. Ediciones Culturales Mendoza. Mendoza
Con Daniel Talquenca
1984. *Tonada larga para el país del sol*. Centro Gráfico. Mendoza

B) General

- Arpini, Adriana. (2004). "Aportes metodológicos para una Historia de las Ideas Latinoamericanas". En: Arpini, Adriana (comp.) "*Otros discurso*". Fac. de Cs. Políticas y Sociales, UNCuyo. Mendoza
- Kant, Immanuel. [1787] 1998. "*Crítica de la Razón Pura*". Alfaguara. Madrid
- Horkheimer, Max. [1937].1998. "Teoría tradicional y teoría crítica". En: "*Teoría crítica*." Buenos Aires, Amorrurtu.
- Roig, Arturo. (2005). "Historia de las ideas". En: Salas Astrain, Ricardo (coord.. acad.). "*Pensamiento crítico latinoamericano. Conceptos fundamentales*." Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez. Vol. II. Santiago de Chile.